

—Es Alfonso, es nuestro amigo, nuestro buen amigo....

—Le conozco mucho ya de nombre y las cartas de Vdes. me han dicho lo demas.

—Señor general tartamudeó Alfonso....

—¡Vamos! yo no soy inhumano como el hombre que debió llamarse mi suegro: Señor D. Alfonso: abraza Vd. á su novia.

Un torrente de lágrimas fué el que se desprendió de los ojos de los dos amantes: estos despues de obedecer el superior mandato abrazaron tambien al simpático general.

“ EPILOGO.

Corria el año de 1876. Habian pasado 19 años desde la caída de Santa Anna y el triunfo de la revolucion de Ayutla.

Gobernaba á la sazón D. Sebastian Lerdo y el país estaba conmovido por la revolucion que provocara un nuevo plan político proclamado en Tuxtepec, pueblo de escasa importancia en el Estado de Oaxaca.

Habia un grupo formado de tres jóvenes en el portal llamado de Agustinos: uno de ellos habia llegado de la frontera, lo habian abrazado sus compañeros y se disponian á partir en busca de una cantina para celebrar el fausto acontecimiento del arribo de un condiscípulo probablemente, cuando á este le llamó la atención un viejo encorvado por los años que pasaba cojeando por delante de ellos.

—Me parece que yo he visto en alguna parte la cara de ese viejo, dijo.

Los otros dos se fijaron en la persona designada y contestaron á una:

—Es el general Santa Anna.

—¡Ah! pues yo no lo conocí antes, pero seguramente se me quedó grabada su expresion por haber visto su retrato en alguna parte.

¿Conque ese es el mentado general Santa Anna?

—Ese mismo es. Ahora ya no hay quien le haga caso.

—Pero cómo es que está aquí? ¿qué está haciendo? ¿acaso el gobierno no le ha dado ningun castigo?

—No sufre mas que el desprecio público que parece es lo bastante; y sobre todo el desprecio del gobierno que le ha concedido venir á morir en su país como al ser mas insignificante.

—De manera que está aquí con permiso del gobierno?

—Si, hizo muchas instancias para venir durante la guerra de la intervencion francesa ofreciéndose con tanto ahinco á los liberales como á los imperialistas y ninguno lo quiso. Cuando todo volvió á quedar tranquilo hizo mérito de su vejez para que se le levantara la expatriacion y parece que el gobierno le contestó que no pesaba sobre él ninguna y que podía venir cuando quisiera con la seguridad de que nadie lo molestaria ni se meteria con él para nada.

—¡Vaya! pues me alegro de conocer aunque sea en su ocaso á un personage de tan triste celebridad.

En seguida los tres amigos se alejaron riendo y charlando. Se conocia que eran unos buenos burgueses que mas se ocupaban de pasarse la buena vida

que de las cosas públicas á las cuales en su conversacion daban poca importancia.

El ex-Alteza continuó cojeando ayudándose á andar torpemente con un nudoso baston, cuando al dar la vuelta á la esquina se encontró de manos á boca con un hombre tambien viejo, aunque menos anciano, todo vestido de negro y que por su aspecto parecia pertenecer al estado eclesiástico.

—No es Su Al. . . á quien tengo el gusto de vera

—¡Chist! . . . Ilmo. Señor. . . ¿será posible? . . .

—Hace muy poco que llegué de Roma. . . estuve ocho años ausente por. . . lo que Su Al. . . sabe.

—Cuidado conque se le salga la palabra á Su Ilma. Es mejor que entremos en alguna parte. . . no me gustan las conversaciones al aire libre.

—Sírvase Su. . . apoyarse en mi brazo. Aquí muy cerca está lo que buscamos.

En virtud de que Su Ilma. iba como de incógnito para su diócesis del interior, habia tomado un cuarto en el hotel próximo y á ese cuarto llevó con algunos trabajos al general Santa Anna que ya se sentía muy fatigado y casi iba arrastrándose.

Cerró la puerta por dentro el obispo encargando antes que se dijera que habia salido, si alguno lo buscaba.

Quando estuvieron sentados el uno en frente del otro, dijo Santa Anna como continuacion de una conversacion que habia comenzado en el camino cuando ambos iban cogidos del brazo:

—Me siento ya próximo al sepulcro, Ilmo. Señor, y

o que yo voy á decirle será como una especie de confesion general.

Se sonrió con desgano porque en puridad de verdad hablaba de su próximo fin como monomania y no porque pensara realmente en la muerte.

—Aquí estamos solos y puedo decirle Alteza Serenísima sin empacho.

—Para qué? Eso ya pasó. Decía á Su ilustrísima que cuando yo salí del país, lo que menos pensaba era estarme veinte años por allá comiéndome mis pobres recursos. . . .

—Se refirió entonces que llevaba Su Alteza..... \$600,000!

—Llevaba mucho mas, ¿pero que valia eso para mis gastos?.. Solamente pasó de un millon lo que perdí en los gallos. . . Mis bienes me los confiscaron y á duras penas pude recobrar algo con el tiempo. . . De modo que me tiene ahora Su Ilma. hecho un miserable, casi un pordiosero. . .

—Bah! bah!

—Luego que Comonfort dió el golpe de Estado, creí que me había llegado el momento de tomar la revancha; pero rechazaron mis servicios Miramon y Zuloaga, resignándome á esperar que el mismo país me llamara como tantas veces, para que fuera su libertador al ver que los militares y políticos solo se ocupaban en hacerlo pedazos. El país no me llamó en esas horas de crisis y fué la primera decepción que sufrí en el extranjero. ¿En dónde estaban mis amigos? ¿Que pensaba pues el venerable clero que tam-

poco se apresuraba á echarse en mis brazos viéndose por todos despedazado? Mandé emisarios como de costumbre, gasté en fuertes propinas y en publicaciones: todo fué en vano: el desterrado parecía no pesar ya gran cosa en la balanza de los destinos públicos, y esperé. Me estuve esperando durante la prolongada guerra sostenida por los juaristas contra los conservadores. Estos no me llamaron ni cuando lo de Marin, suceso en que pude haberles sido tan útil: si yo estoy entonces al lado de ustedes, no se hubiera encerrado Juárez dentro de los muros de Veracruz, porque lo hubiera echado de allí como eché á los mismos franceses. . . .

El obispo quiso protestar contra esa mentira, pero Santa Anna no lo dejó hablar y continuó:

—El inesperado triunfo de González Ortega en Salamanca, que jamas lo hubiera obtenido sobre mi contando con las tropas que tenia Miramón, puso á Juárez en el poder que, armado con las leyes de Reforma, hizo pedazos á todos ustedes. Entonces dije yo:—Ahora me llamarán, ahora echarán de ver cuanta falta les hago. Yo estaba todavía vigoroso y contaba en mi favor con la experiencia y con el conocimiento profundo de los hombres y del país. ¡Nada! prefirieron continuar entregados en brazos de generales destornillados como Miramón, de pícaros como Almonte, y de bandidos como Márquez, ¡y así les fué!

—Pero.

—Permítame Su Ilma. continuar y despues me haré sus observaciones. Yo seguí en mi destierro dado

á todos los diablos, como era natural, y principalmente molesto por haber gastado mas de doscientos mil pesos en vanas tentativas. Entonces fué cuando se acordaron de mí para preguntarme si estaba conforme en que se pidiera á Napoleon un principe extranjero. En mi interior reprobé ese medio tan bajo y tan miserable de tomar desquite, pero por no ponerme en pugna con ustedes, dí mi aquiescencia, creyendo que el proyecto fracasaria. ¿Quién habia de ser tan imbécil que quisiera cargar con una nacion devorada por las discordias? ¿Quién que conociera un poco á ustedes habia de fiar en su palabra ni en sus promesas? ¿Quién que no estuviera cansado de la vida habia de venir á buscar una muerte segura? Ellos fracasarán, me dije, y vendrán á mí en busca de salvacion. Yo estaba cierto de que sin tropas extranjeras y con mi solo brazo y mi prestigio podria dominar á los liberales que en poco tiempo habian dado grandes muestras de incapacidad, y mas, cuando ya pesaban demasiado sobre el país con sus divisiones, sus discolorias y sus desaciertos. Vi con sorpresa que ustedes se salieron con la suya encontrándose un principe loco, arruinado ó ambicioso, ó las tres cosas á la vez, que aceptó la problemática corona que ustedes le ofrecieron. Mi asombro fué mayor cuando supe que no solo aceptaba Maximiliano la corona sino que se proponia apoyarlo con sus elementos Napoleon ayudado ó por lo menos contando con la aprobacion de otras potencias europeas. Volví la vista á los Estados Unidos

que era la Nacion que podia oponerse al atentado. . . ¿los Estados Unidos permitirían que se entronizara en México una monarquia? Pero los Estados Unidos estaban entregados á la guerra civil que presentaba proporciones gigantescas.

Esa guerra podia prolongarse indefinidamente porque los separatistas contaban con elementos incontrastables. Entonces me dije: El Imperio será un hecho, pero no se consolidará, y aunque hice varias proposiciones para que se me admitiera en el nuevo orden de cosas, se me desechó. Envié comisionados á Maximiliano y me contestó con evasivas; ustedes le habian aconsejado que no me aceptara. Casi me alegré de tantos desaires, porque me consideré libre de todo compromiso. Me apresuré á ofrecer mi espada á Juarez, que tambien la rehusó, como yo me lo imaginaba. Debí haberme venido desde luego, sin tomar consentimiento á nadie; pero preferí esperar seguro de que se me llamaria luego que se me considerara indispensable. Maximiliano, Miramon, Mejía y Mendez, murieron en Querétaro, como me lo esperaba, y ustedes se quedaron sin jefes, porque Márquez huyó cubierto de desprestigio. Ahora no les queda mas que yo en el mundo, volví á decirme, y no tendrán mas remedio que apelar á su libertador. Ustedes prefirieron verse despedazados y humillados á hacer ninguna nueva tentativa, y acabaron para siempre con todo y su ridículo ensayo de monarquia.

—Repare S. A. S.

—Otra palabra para concluir. Vino Juarez por segunda vez al poder reteniendo una autoridad ilegítima

arrebatada á Gonzalez Ortega: el partido liberal volvió como siempre á fraccionarse, el ejército fué convertido en girones, estaba deseoso de vengarse y todos olvidaron á su pobre cojo en ese momento oportuno en que no habia que hacer otra cosa más que reunir los elementos dispersos. En fin, algún ángel del mal anduvo entre ustedes que les impidió ver claro y que les hizo desperdiciar tan bellas oportunidades, y ahora no les queda otro recurso que lamentar sus torpezas, porque los considero „perdidos, completamente perdidos, y para siempre. Ahora no se levantarán más porque les falta un hombre como yo y porque con su imperio perdieron todo concepto público. De aquí en adelante serán pulpos y nada más que pulpos, pero nunca gobierno.

El obispo hizo una nueva mueca de disgusto, se disculpó de todos los cargos con algunas puerilidades y terminó diciendo:

—Si nosotros cometimos algunos errores, Juarez no los cometió menores aceptando el protectorado americano y por lo que hace á que ya no hemos de levantarnos más, eso lo veremos mas tarde, cuando se olvide la Intervencion y hayamos á fuerza de paciencia y de astucia recobrado el terreno perdido. Tenemos un poderoso auxiliar en la mujer mexicana y esta no nos ha abandonado todavía. Por lo demás, los mismos liberales están destruyéndose, ahora mismo están revolucionando y quién sabe si antes de mucho podremos recoger el campo, que quedará sin contradicción por nosotros.

—El campo no lo recogerán ustedes, porque, dispensándome la frase, cuentan en su seno con mucha gente tan estúpida como cobarde. Oh! si yo fuera ahora joven! El campo tiene que quedar por el hombre que disponga de mi energía, de mi perspicacia y de mis dotes de gobierno; por el militar que sepa imponerse y meter á todos en miedo. Solo los ilusos, solo los necios, solo los muy tontos pueden creer en que aquí es posible la democracia. ¡La democracia con cinco millones de bestias, que no merecen otro verbo los indios, y con tres millones de serviles acostumbrados á adular y á obedecer! Esta nacion está hecha nada mas para que la dominen los tiranos, está educada en la obediencia, en la servidumbre; y así como las mujeres no saben ser mas que devotas, los hombres no saben ser mas que esclavos. ¿Acaso no se vió que mis generales y mis ministros me hablaban de rodillas cuando estuve encumbrado? ¿En qué país los políticos se humillan tanto como en el nuestro, ni en cuál se forman nubes más espesas de lacayos adula-dores en torno de los gobiernos? Si yo dejé de ser humano para convertirme en déspota, ellos fueron los que me hicieron arrojar de mi cabaza el gorro de la libertad, para tomar la investidura de dictador y darme el título de Alteza. Fui débil, lo confieso, tan ligero de juicio, que poco me faltó para aceptar la corona de rey que de todos lados me ofrecían: esos oropeles me fascinaron y perdieron: hoy sería igualmente tirano, pero con la palabra *libertad* en los labios; hoy sería un juguete en mis manos cualquiera Cons-

titucion que me dieran; hoy con las vestiduras de la democracia y con una careta de manso cordero, sabria imponer mi voluntad á los demas..... ¡Oh! que no tenga yo treinta años menos..... este seria el momento oportuno para poner á mis piés esta patria nacida para ser esclava. Todavía seria tiempo si ustedes quisieran: yo compartiria con ustedes las dulzuras del mando, la satisfaccion de ver inclinados delante de nosotros, á tantos mandrias, á tantos pordioseros, á tantos infelices.

Santa Anna se habia enronquecido, se habia fatigado extraordinariamente, gruesas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas y al querer levantarse volvió á caer sobre el sillón desfallecido.

Fué necesario llamar á un médico, que le hizo aspirar algunos confortantes y tomar una pócima, debido á cuyos medicamentos, pudo ser llevado en un coche á su casa mas tarde.

Ocho dias despues, el 22 de Junio de 1876, se encontraba en un balcon en la calle del Factor un caballero y una dama. Era él apuesto, de negra barba y fisonomía inteligente: demostraba tener algo mas de cuarenta años. Ella de algunos años menos, conservaba todo el esplendor de su belleza y en su semblante se veian retratadas la bondad, la dulzura y la inteligencia.

—Sabes á quién pertenece ese pequeño cortejo fúnebre, Anita? preguntó el caballero, que era quien la habia atraído al balcon.

—No, Alfonso.

—Quién lo diria! Pertenece al hombre que ha tenido mas poder en México y que ha hecho mas males á la patria. El cadáver que va en esa caja es el de S. A. S. Don Antonio López de Santa Anna.

—Ah! yo ni me acordaba ya de ese hombre, ni sabia que viviera.

—Murió ayer, todavía en la opulencia, á pesar de sus despilfarros; pero murió despues de veinte años de tormentos, agobiado por la indiferencia de los mexicanos. Para él no tener poder era lo mismo que vivir en un infierno.

—Recuerdo que mi padre no le tenia ningun cariño.

—Precisamente tu pobre padre murió por su causa. La trabajosa campaña que hizo en su contra, le trajo enfermedades que lo llevaron al sepulcro. Apenas unos dias despues de encontrarse en el seno de su familia.

—Y mi adorada madre no pudo sobrevivir á tan enorme desgracia: murió en la semana siguiente. Si no hubiera sido por tí, Alfonso, qué hubiera hecho yo sola en el mundo?

—En cambio tienes ahora en torno tuyo muchos seres que te aman. Tu Ricardo, tu Julia, tu Eloisa y tu marido que en cada dia que pasa siente doblarse ¡qué digo doblarse! centuplicarse su amor.

El cortejo fúnebre pasó silencioso sin que apenas llamara la atencion de algunos curiosos. Los acom.

pañantes no llegaban á una docena. ¡Qué contraste con las entradas triunfales á México del dictador!

Anita derramó una lágrima por el recuerdo de sus padres y se retiró del balcon.

Alfonso la encontró rezando al pie de una imágen.

—Rezas? le preguntó Alfonso cariñosamente.

—Sí, encomiendo á Dios el alma del finado.

FIN.

LEYENDAS HISTORICAS.



— ¡Qué contraste con las entradas triunfales á México del Dictador!